

Macedonio el Espacio y los Tiempos

Bernardo Canal Feijóo

Buscándole la voz, sobre un tema sugerido por una observación suya, le había escrito yo a Macedonio exponiéndole algunas conjeturas al respecto. Me contestó con la carta que me place brindar aquí, sin glosas, a las reflexiones del lector.

“Veo que usted comprueba una observación mía: los más de los que se inician con poemas concluyen en investigadores y filósofos. Yo creo que esta derivación es propia de países nuevos que llegan a una etapa de inseguridad nacional; toda la Iberoamérica perdió su languidez y sensación de seguridad desde la gran guerra de 1914. Y hoy (la carta es de 1945) la inseguridad es intensificada. Hoy reina el Derecho Internacional Pistolero y el peligro nos entonará y ya nos incita a proveernos de un Pasado Nacional: todos somos historiadores y psicólogo-juristas. Yo admito que las soberanías nacionales a veces son meros latifundios del “Dominio eminente” y que no son tan venerables como predicán políticos y militares: deben merecer la soberanía, como los latifundistas, si hacen producir las tierras y pagar alto precio al trabajo y distribuir las ganancias -y nuestro país es uno de los que más merecen ser respetados- porque: acuerda lo único que da derecho a ser nación, a saber, libre entrada y trato igual, político y económico, a personas y capitales que quieren ingresar. Los latifundios nada tienen de venerables sino: 1º se explotan plenamente, 2º se distribuyen las utilidades líquidas... Pero es imposible vaticinar en el mundo y en casa. Puede acontecer un gran cambio en Estados Unidos. ¿Quizá un gobierno de Sindicatos? ¿Dictadura Truman? ¿Dictadura Súper-capitalista...? Y nosotros imitaremos”.

* Editado en *Clarín*, Cultura y Nación el 30/01/1975.

Subrayemos estas líneas: primero, la tesis implícita de que el acceso ensayístico traducía un sentimiento de inseguridad nacional en el intelectual argentino; segundo, cierto vago tinte geörgista-socialista en el liberalismo constitucional por así decir; tercero, cierto escepticismo sobre la futura conducta política del país, atada inveteradamente al carro de las volubilidades de “grandes potencias” pero no ya, como hasta ayer en los juegos del equilibrio de las europeas, sino de Estados Unidos, en las contingencias de su política interna.

No sé si no serán ésas las únicas líneas que nos muestran a Macedonio situando su pensamiento en espacio y tiempo concretos, los del país, no ya en ese plano de pura inespacialidad e intemporalidad en que nos había acostumbrado a ver planeando y desenvolviéndose su ingenio, insuperablemente.

“Hay una sola existencia, no solo eterna sino incesantemente continua”, postulaba su filosofía, cargada de vagas resonancias “orientalistas”.

“Tiempo y espacio son nociones ya desvanecidas; todo ocurre sin ubicación alguna, ni próximo ni separado, ni durando o perdurando, ni anterior ni posterior”.

“...La extensión y el pasado nada son -concluía desembarazándose de Kant y Schopenhauer-; todo lo que es es algo, y si tal, nada puede ocuparlo. El ser nada contiene culpable. Y tampoco se presta a las llamadas representaciones; todo es estado sustancial, pleno, presente”.

“Un estado que sea representación de otro, es mero verbalismo”.

Así dejó esquematizado el fundamento de su metafísica, de su concepción del mundo moral, de su estética, plenamente verificadas en obra singular, prodigiosamente exenta de argumento, de paisaje, de historia, toda como planeando en puro empíreo de ingenio creador, sin espacio, sin tiempo; exenta de representaciones y por tanto -¿o no obstante?- nada meramente verbalista.

Allí situó él su ingenio creador, y en cierto modo aspiró a situar su propia existencia. No hay noticia de otro argentino que existiera aspirando a ocupar menos espacio -esto es, menos dado a “apariencias”, menos aquejado de esas ansias de “figurar” que en su tiempo se consideraron atributos típicos del ser argentino-; y a la vez más abstraído o desentendido de tiempo cronométrico u horario.

Nadie podría haberlo expresado mejor que él mismo de este modo, festejado por muchos con ligereza por su mera apariencia humorística: “A veces estoy tan poco y tan tenue que me parece que me llamo ningunamuno”. El bien encontrado retruécano lo enfrentaba al nombre del único en su tiempo y en su idioma, en quien cabría reconocer su total contrafigura: Unamuno pretendiendo ocupar todo con su Yo de presencia carnal arrostradora; Macedonio, opuestamente, ansiando ocuparlo todo de su ausencia corpórea...

Al revés de “Euclides, Lagrange y otros, que emplearon -decía él- su Tiempo en el Espacio”, él se habría propuesto el total desempleo de ambas maravillas sólo alcanzable a alturas de los limbos oníricos. Allí situó su Absoluto.

“Todo lo es el sueño; lo que es sueño, no es. La materia, la que nos pre-existe y nos post-existe, nada es, ni substancia ni apariencia”.

Se asomaba así a una metafísica existencial notablemente informal; cifró su proyecto especulativo en una fórmula feliz que envolvía la tesis en una composición de lugar: *No Todo es Vigilia la de los Ojos Abiertos*. Focalizaba de este modo la exacta ubicación de su afán creador: un interregno inmensurable, casi un *no man's land* entre la realidad y el sueño, la razón y la vigilia... que él lo emplazó en la siesta, ese lapso interlúdico absoluto, sustraído a pauta, indefinido paréntesis vacante.

Imaginémonos distanciados de todo ambiente humano, a orillas del mar, desnudos y echados en la arena, bajo una siesta tibia de diciembre... “-Imaginemos más aún, la virginidad de nuestra visión, la visión del niño...”

Casi un siglo antes, el poeta Andrade había escrito, definiendo el nivel de conciencia histórica argentina en su momento: “Hemos dormido con los ojos abiertos...” Con su tesis que “No Todo es Vigilia la de los Ojos Abiertos”, Macedonio resumía el concepto soliviándolo de histórico a metafísico, pero sin salirse de la metáfora, que tiene de significativa la virtualización del lugar donde entiende situarse el concepto. Lo cual, al mantenerse a través de un siglo, de Andrade a Macedonio, sugiere de por sí la idea de un rasgo peculiar y constante de la mentalidad argentina.

¿Era acaso ese don infuso de virtualización de la realidad lo que, con aguda intuición, Gómez de la Serna había captado en Macedonio, y quiso significar cuando dijo que éste había encontrado “el estilo de lo argentino”?

¿Y no habría quedado el rasgo muy premonitoriamente signado en el gentilicio bautismal mismo de la región, al llamarla “argentina”, pese a habérsela comprobado carente del pardo metal *-argentum-* con que se la había soñado al descubrirla...?

Pero, ¿qué es “lo argentino”, en definitiva? Para la conciencia culta la idea de “lo argentino” ha conllevado siempre un ingrediente de cenestesia geográfica particularmente ardua, incluso aflictiva: “El mal que aqueja al país es su extensión”, se dolía el Facundo. “El terreno es la peste de América”, clamaban las Bases. Para su hurgar radiográfico de males congénitos, en el ser argentino Martínez Estrada necesitó ficharlo bajo el nombre de pampa, designación geográfica. Mallea allanó obstáculos quizá subconcientes, urdiendo una consoladora teoría de los argentinos en dos planos: visible e invisible.

¿Dónde instalar “el estilo” de Macedonio en un marco de tan oscura cartografía?

Si de todos modos, para entender “lo argentino” en el ingenio de Macedonio fuera indispensable una localización en el espacio, acaso tendría que ser imaginada en ese punto trascendente mágicamente, significado por Oliverio (Girondo) en su canto a la pampa: “Pampa nuestra que estás en los cielos...” El verso perfeccionaba, soliviándola a oración, la descripción echeverriana del “inmenso piégalo verde / donde la vista se pierde / sin tener dónde posar...” La pampa es, en efecto, de Echeverría a Oliverio, una posición geográfica transfiriéndose a éxtasis místico.

Y bien: sería precisamente allí, en ese punto e instante de despegue trascendente, donde tendríamos que imaginar situado el plano existencial absoluto, diré, del ingenio de Macedonio, y donde él soñaba estando su propio ser personal.

“En ciertos momentos de plenitud mental, olvido mi Yo, mi cuerpo, mis vinculaciones, mis recuerdos, el pasado, todas las impresiones y actos que determinan mi alejamiento, y todo el largo trayecto de evasión y distanciamiento. Parece que siempre he estado allí, o que acabo de comenzar mi existencia. Pero pronto ni mi existencia misma es asunto del más leve pensamiento mío”.

¿No era extraño que esa ubicuidad se pareciera a una simple desubicación y acarrear, al fin, una soledad muy parecida a un tremendo desamparo?

¿Siento miedo de saber que tengo un nombre, que soy humano y existo?

¿Qué estás tejiendo, Vida, conmigo, que tanto te seguí y te comprendo?

Era el mismo miedo de Kafka, pero con módulo propio que acaso corresponde al “estilo de lo argentino”. El miedo que a Kafka le impide salir de una encerrona (el castillo, la muralla, el proceso) a Macedonio le impide entrar, le obliga, en el umbral mismo del acceso al recinto, al Espacio cerrado (el objeto, el nombre, la tela -de araña- que la existencia trama en torno a cada uno).

Para estos dos antípodas la angustia metafísica no podía conducir a idénticas representaciones de la catarsis. Kafka la confinaba a una reencarnación involutiva en insecto; Macedonio pareció entresoñarla bajo la forma de acendramientos íntimos, que poco tenían que ver con la ascesis cristiana, y sí mucho con una especie de ejercicio de voluntad Yoga de sustentación fuera de Orden (o Ley) de gravedad y límite. Kafka no podía salir; Macedonio no quería entrar. De esta abstención suspensiva indefinida extrajo su humorismo, que no acabará de entenderse si no se lo contempla situado ahí. Prolongaba en él sin solución de continuidad lo que debemos llamar con Unamuno su “sentimiento trágico de la vida” (“¿Qué estás tejiendo Vida conmigo, que tanto te seguí y te comprendo...?”).

“Tragedia y Humorística no sufren límite en el Arte ni en la Vida”.

Pensaba, es claro, en la tragedia griega, en la que ocurre que el antojo de los dioses juega una broma atroz a los seres humanos, encaminándolos de modo que los senderos elegidos por estos para salvarse sean, precisamente, los que los conduzcan a su perdición.

No podrá acabar de entenderse su metafísica si no se siente que “no sufre límite” con la Humorística, esa suya que, inversamente no acabará de entenderse si no se advierte que “no sufre límite” con la metafísica, la suya.

Su cadáver fue cremado. De ese modo, tampoco el tránsito de aquel ser extraordinario se demoraba en innecesarias permanencias póstumas de cuerpo presente, final coherente para quien existió poseído de la voluntad de ocupar el menor Espacio posible y sintiéndose levitado en eternidad. Las escasas cenizas fueron fiadas a una urna que Adolfo, el hijo poeta, tuvo la inspiración de concebir en forma de lámpara de Aladino. ¡Perfecto! Las cosas, diríase, quedaban así predispuestas de modo que siempre pudiera esperarse ver aquellos nimios despojos reanimándose en destellos inherentes, testimonio cabal de un ingenio singular que pulsó en lo instantáneo lo eterno, en la vida el latido de la trasvivencia, en el punto el diámetro de lo infinito.